

Páginas selectas

RIGIDEZ, NEGOCIACION Y ENVILECIMIENTO

Por Charles PEGUY

POR una parte, la avaricia y la venalidad del mundo moderno, y por otra, su materialismo y su mecanismo y su determinismo y su intelectualismo, también están ligados. Son manifestaciones diferentes, pero no extrañas entre sí. Y apenas son manifestaciones separadas. Todas proceden unas de otras; todas, de ese mismo punto de rigidez que constituye la rigidez del presente. Unas proceden de ahí, en el orden del corazón; otras en el orden del pensamiento. Pero ¿qué sería un pensamiento sin corazón? ¿Qué un corazón que no estuviera iluminado por el sol del pensamiento?

La avaricia es una rigidez del corazón, que procede de esa rigidez del presente. La venalidad, que parece relajamiento y disolución, y es, en efecto, relajamiento de las costumbres y licencia de la regla o, si se prefiere, relajamiento de la regla y licencia de costumbres, proviene también, en realidad, de cierta rigidez preliminar, de cierta rigidez elemental. Sólo puede actuar, sólo puede producirse porque determinados elementos, de por sí flexibles, libres, vivos, fecundos, no intercambiables, no homogéneos, no permutables, no comparables ni vendibles, no contables y calculables, no venales, se volvieron rígidos, serviles, inertes, muertos, estériles, y, por consiguiente, intercambiables, homogéneos, comparables y vendibles, contables y calculables, venales.

En cuanto los puntos de valor se vuelven rígidos puede ya empezar esa licuación de la venalidad.

Así también la licuación del cadáver sólo puede comenzar porque las células vivas (los puntos de vida) quedaron ligados en la rigidez de la muerte.

Mientras las células permanecen flexibles, libres, vivas, fecundas, no intercambiables y no venales, mientras están sumergidas en un líquido de vida, no están listas para la rigidez y la licuación posterior de la muerte. Sólo al volverse rígidas, inertes, muertas, infecundas y, diríamos, intercambiables y venales, quedan listas para la licuación de la muerte.

Mientras los elementos permanecen flexibles y presentes no están listos para la licuación de la muerte. Es indispensable que antes se hayan vuelto inertes y rígidos. Que antes se hayan vuelto orgánicamente pasados.

Es indispensable que la rigidez de la muerte haya precedido a la licuación de la muerte, y así, la licuación resulta un fenómeno de la rigidez.

En forma análoga, cierto endurecimiento debe haber precedido a la licuación de la venalidad, y la venalidad es un fenómeno del endurecimiento.

Es preciso que cierta rigidez haya precedido al relajamiento de la regla y a la disolución de las costumbres.

Y el relajamiento de la regla y la disolución de las costumbres son fenómenos de la rigidez.

Y la licuación del mundo moderno es un fenómeno de la rigidez.

Ese relajamiento, esa disolución, esa licuación provienen, en efecto, de que ciertos elementos flexibles, y, por tanto, no acunables, no contables, no calculables, no mensurables, se volvieron elementos rígidos, habitados, contables, mensurables, calculables: acunables.

Todo lo que es compra y venta, intercambio comercial, venal, evaluación. Lo que es evaluación, ya sea o no comercial, es medida. Lo que es medida es rígido y duro.

Por definición, el metro es esencialmente rígido.

Desde el momento que ciertos puntos de grandezza y de valor, ciertos puntos de dignidad (social, moral, económica, cívica, psicológica, metafísica), en cuanto ciertos puntos de presencia, antes flexibles, se han vuelto rígidos; en cuanto lo que antes era presente, se ha vuelto pasado; en cuanto esos puntos de presente se han vuelto muertos, se han hecho puntos y objetos de medida, la avaricia y la venalidad pueden empezar conjuntamente. Al fin tienen juntos su materia e instrumento propios. Ese punto de medida es su propio punto de apoyo y punto de partida.

Una puede atesorar y la otra dilapidar; vienen a ser lo mismo.

Una puede acumular y la otra disolver; es la misma operación. Una puede asociar y la otra disociar; siempre se trata del mismo negocio.

Una puede apilar y la otra divulgar; siempre será una operación de medida.

Una puede reglamentar y la otra desordenar; una, obligar y la otra, en apariencia, desligar; es idéntica operación de endurecimiento.

En todos los casos es una negociación, es decir, una entrada en negocios, una entrada en el comercio. Todo está en eso. ¿Qué es negociable? ¿Qué no lo es? El asunto está en saber qué, en cierta sociedad, es negociable, y qué no lo es. Un mundo dado (el mundo antiguo, el mundo cristiano, el mundo pagano, el mundo moderno), cada mundo, el mundo, será juzgado por lo que haya considerado negociable o no negociable.

El envilecimiento del mundo moderno, es decir, el bajo precio del mundo moderno, la rebaja de precio, proviene de que el mundo moderno ha considerado como negociables ciertos valores que el mundo antiguo y el mundo cristiano consideraban como no negociables.

Esa negociación universal ha traído el envilecimiento universal.

Pero ella misma procede del primer punto, de un endurecimiento universal.

El presente, en su esencia misma, no era negociable. Pero así no se negociaba, tampoco podía negociarse, lo demás. Era el punto inicial de impedimento, el punto de origen del impedimento. Entonces, para poder negociarlo, lo convirtieron en pasado. E inmediatamente podía así negociarse todo lo demás.

Y nadie se privó de hacerlo.

Sólo él era obstáculo.

Para negociar es preciso contar. Para contar se requiere una unidad. Es decir: se requiere una magnitud fija e invariable. Es decir, un punto de rigidez.

Por su esencia, el presente no podía ser ese punto de rigidez. No podía ser esa magnitud fija e invariable. No era negociable. No siendo negociable, impedía toda negociación, pues era el punto de origen de toda negociación. La primera puerta por la que se debía pasar.

Por eso mismo, lo hicieron pasar. Instantáneamente quedaba la puerta abierta a cualquier negociación.

(CHARLES PÉGUÉ: *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*, Emeccé Editores, S. A., Buenos Aires, 1946, páginas 237-241.)